

Escrito por: JuanAlberto4634

Resumen:

—¡Ya!, perrito ... ¡Achúntale! ... ¡Achúntale! ... ¡Argh!...
¡Y finalmente, hizo blanco en mi ansioso sexo!
—¡Aaarrggghhh! ...
Una verga resbaladiza entró en mi conchita ...

Relato:

Mi marido y yo nos casamos ilusionados y enamorados, nuestra vida sexual era estupenda, pero como a muchas parejas, nuestra vida sexual comenzó a decaer hasta transformarse en algo aburrido y previsible, una rutina más. Entonces en casa de un íntimo amigo nos emborrachamos y descubrimos que nos gustaba mirar y compartir nuestras parejas, esto reanimo nuestra vida sexual y nos llevo a otro nivel en lo que respecta a lo sexual, nos sentimos unidos y felices de estar casados y disfrutar de esta nueva etapa de placer y deleite, comenzamos a conocer parejas que compartían nuestros intereses y tuvimos muchos encuentros, esto nos llevo a experimentar cosas nuevas y audaces.

Mi nombre es Cristina, trabajo en una ONG de ayuda a mujeres abusadas, a veces me pregunto que hago yo allí, cuando muchas de esas cosas yo las he experimentado y me calientan mucho, pero el sueldo es bueno y las obligaciones son elásticas con horarios flexibles, lo que me deja bastante tiempo libre, mi marido es Mario, el es ingeniero y trabaja para una empresa que se encarga del agua aquí en la capital, vivimos en un residencial sector de Providencia y nos la pasamos bastante bien él y yo.

Como les decía mi marido surfeando la red contactó varios tipos y concertó una reunión en casa de uno de ellos, eran cuatro hombres que me tuvieron a disposición por una noche entera, no sé cuantos orgasmos obtuve esa noche, pero al amanecer estaba con todos mis orificios dolientes pero satisfechos totalmente, nunca pensé que algunas posiciones pudiesen darme tanto placer.

Habíamos adoptado a internet como la fuente de nuestras fantasías, un día mientras limpiaba la casa, mi marido me llamó:
—¡Cristina, ven! ... ¡Ven a ver esto, mi amor! ...
Yo confiaba plenamente en Mario, así que vine esperanzada de ver alguna escena que nos pusiera cachondos y terminaríamos follando como conejos, mi conchita se humedecía en anticipación, me acerqué a la pantalla y no podía dar crédito a mis ojos, ¡Asqueroso!, ¡Repugnante!, ¡Válgame, mi Dios! ... no podía creerlo:
—Pero ... ¿Estas enfermo? ... ¿Cómo puedes mirar eso? ...
Había una hermosa jovencita gimiendo y chillando con una cara de lujuria extrema, mientras un enorme perro negro la follaba enérgicamente, di vuelta la cara horrorizada y me fui a continuar con la limpieza de casa, pero la cara de felicidad de la muchacha, sus ojos abiertos y esa mueca de placer extremo quedaron girando en mi

cabeza.

El fin de semana mi marido se fue a su consuetudinario encuentro de fútbol en una cancha de la capital, yo curiosa e intrigada me fui al computador de Mario y revisando el historial de navegación encontré varios sitios que mi perverso marido visitaba, recorrí muchos de esos sitios y vi un sinnúmero de videos de la misma índole, ya no me sentía asqueada, mi conchita empapada confirmaba mi cambio de opinión, me toqué varias veces y me corrí mirando las vergas de esos perros que venían mamadas y cogidas tanto en el culo como en la vagina, el placer que ostentaban estas chicas era un aliciente a tocarme y penetrar mi vagina, no podía detenerme, me corría una y otra vez sin poder satisfacerme del todo, hasta se agotaron las baterías de mi consolador.

Cuando regresó mi marido, haciéndome la inocente, le pregunté si había borrado esos sitios con animales, él me respondió que no y que si quería verlos nuevamente, para no parecer demasiado ansiosa le respondí que sí, pero siempre y cuando él me hiciera compañía, Mario accedió entusiasta y se conectó a uno de estos sitios, me senté en su regazo y comenzamos a ver varios videos, mi marido me rascaba mis muslos como si fueran garras y me gruñía al oído, todo me causaba una risa nerviosa, porque me estaba dando cuenta de que mi vagina era un charco.

Mientras mirábamos como un enorme Pastor Alemán le destrozaba el coño a una delgadísima rubia que gritaba con su mejilla apoyada al piso y sus tetas cimbrándose con los golpes del perro, Mario me preguntó:

—¿Lo harías? ... ¿Te atreverías a hacerlo como esa chica? ...

—¡No seas tonto! ... ¡No tenemos un perro! ... ¡Pero te confieso que me excita! ...

La verga de Mario estaba dura como palo y mi concha inflamada completamente, corrimos al dormitorio y sobre nuestro lecho casi destrozé mis prendas y gruñendo y ladrando me follo a lo perrito, me corrí dos veces y en la segunda, descansamos mientras Mario me mostraba su mano como garra y ladraba como un cachorro:

—¡Uy!, que eres estúpido ... tonto ...

Le dije mirándolo, mostrando un enfado que no sentía, mis tetas nunca habían estado más duras y mis pezones parecían reventar, nos pasamos el fin de semana él gruñendo, ladrando y rasguñando mis muslos, vientres y senos, yo corriéndome como una loca imaginando a un Dóberman, un Rottweiler, un Pastor Alemán o un enorme Gran Danés.

Solo esto bastó para que Mario buscara en la internet a alguna persona que tuviera un perro para follar mujeres, hubo una respuesta de Buin, una localidad al sur de Santiago, un sector rural apacible y anónimo, la otra era de un sector de Pirque, otra somnolienta localidad donde no suceden grandes cosas:

—¿Qué tal un paseo fuera de la ciudad? ...

—¿Ah? ...

Lógicamente proteste e incluso le insulté por estar tratando de

hacerme follar por un perro delante de un completo desconocido, él me dijo que eso agregaría erotismo al todo, yo continuaba tratando de hacerme la difícil, pero en mi yo interno lo único que quería era que él eligiese uno de los dos lugares y siguiera con sus argumentos para convencerme, lo que él no sabía es que yo ya había decidido de que lo haría en uno u otro lugar, mi concha no dejaba de empaparse todos los días pensando en como se sentiría tener una pija enorme chorreando esperma canino caliente en mis rosáceas carnes.

Todos los días mi coño se bañaba y todos los días Mario me cogía con sus estúpidos juegos de perrito follador, infaliblemente hacía que me corriera como una perra en celo, mi coño hormigueaba solo al sentirlo gruñir, había visto las copiosas eyaculaciones de los perros y con que avidez las chicas los mamaban y se esparcían esos chorritos transparentes en sus minutas tetas, el enorme nudo que las mantenía abotonadas por variados minutos, sus gritos y chillidos al sentirse con sus coños colmados de carne canina, se veía sucio y pecaminoso, pero no dejaba de ser delicioso y excitante.

Mario una tarde después de follarme y dejarme exhausta, me dijo que había contactado a un hombre de Buin el cual vivía solo y tenía un Pastor Alemán y un bastardo de Labrador, ambos estaban acostumbrados a follar mujeres, yo trate de objetar lo rápido, pero Mario me dijo que era una oportunidad, porque la agenda de este hombre estaba copada por las dos próximas semanas, puesta en esa disyuntiva accedí con ciertas reservas, pero mi corazón había aumentado sus latidos y me sentía ansiosa, debíamos esperar dos días para la cita, mi marido estaba tan ansioso y excitado como yo, ahí mismo en la saleta me bajo mis bragas y me lo metió por atrás, me arrastró ensartada en su verga hasta el sillón donde arrodillada quedé a lo perrito, me cogió con potentes golpes sentí su verga que crecía hasta insospechadas dimensiones mientras me corría junto a él.

Llego el sábado y nos fuimos en nuestro Jeep, no nos costo nada en dar con la dirección, una parcela con setos altos que ocultaba muy bien el interior de la propiedad, nos recibió Alberto, un bronceado hombre de mediana edad, probablemente menor de cincuenta, buena complexión física, con una chupalla y botas, en pocas palabras, el típico campesino, nos hizo entrar y dijo que él no bebía y no mantenía bebidas alcohólicas en su propiedad, nos ofreció unas limonadas frescas que nos perecieron deliciosas.

Mario rápidamente lo puso al tanto de nosotros, destacando que era mi primera vez, que estaba muy nerviosa e íbamos a necesitar de su ayuda y experiencia, nos contó que sus perros estaban sanos, con sus visitas y certificados veterinarios al día y por el lado sanitario no debíamos preocuparnos, después nos señaló un granero detrás del habitáculo casa, donde estaban sus perros y nos invito a ir a ver el lugar ir darnos cuenta por nosotros mismos de lo que nos estaba hablando.

Los dos perros estaban en jaulas separadas, los dos se alborotaron

al verme, no se si llegaban a olfatear los abundantes jugos vaginales que estaba generando mi conchita, el bastardo de Labrador era de una talla menor a la del Pastor, como eligiéndolo me acerque a su jaula él me movía su cola muy entusiasmado, pase mi mano a través del enrejado y sentí su lengua rasposa en mi mano, de reflejo junte mis muslos, la sentí tan rica y húmeda, me llevo un cosquilleo insoportable a mi chochito, se llama Fred, dijo Alberto.

—¡Quieres comenzar? ...

—¡Bueno, pero con él! ...

Dije señalando al Labrador, Alberto abrió la jaula y él se vino inmediatamente a olerme la chuchita:

—¡Déjalo! ... ¡Solo quiere conocerte! ...

Alberto me señaló una silla y yo retrocedí a sentarme en ella, Fred me seguía intentando meter su hocico entre mis piernas, luego su cabeza desapareció bajo mi amplia falda, la silla era lo suficientemente ancha como para abrir cómodamente mis muslos, Fred estaba empujando su hocico en mi ingle haciéndome tiritar, mi panocha estaba cubierta por mi tanga que se había incrustada en mi sexo dejando mis sensibles labios mayores a merced de la lengua de Fred, esa lengua rasposa me estaba haciendo gemir fragorosamente, ya no me importaba ni Alberto ni Mario que me miraban con ojos expectantes de lascivia pura.

—¡Vamos! ... ¡Pueden bajar sus pantalones! ...

Les dije mientras plegando mis piernas logré sacarme mi empapada tanga. Fred se agachó y articuló su cuerpo para meter su lengua al interior de mi concha, casi hace que me corra al sentir sus quince centímetros de lengua escarbando al interno de mi chocho, Alberto fue a buscar un par de sillas, ofreció una a Mario y acomodó otra para él, luego fue a buscar un par de cojines y los hizo caer cerca de mi silla:

—¡Para cuando quieras te arrodillas! ...

—¡Ya! ...

—¿Qué es lo que quieres? ...

—¡Quiero que me coja! ... ¡Quiero sentirlo dentro de mí! ...

Lo deseaba cada vez más, así que prontamente me arrodillé, Fred se metió detrás de mi y continuo a lamermme, pero esta vez su lengua se ocupaba de mi culo enviando temblores a todo mi ser, sentí que Mario se acercó a mi y me desabrocho mi falda y bajó el cierre de la misma, levantando una pierna a la vez, le facilite el modo de quitármela y dejarme desnuda desde mi cintura hacia abajo, Fred al ver mis cuartos traseros desnudos, inmediatamente saltó sobre mis espaldas, sentí sus zampas que aferraban mis caderas:

—¡Baja tú espalda y levanta el culito! ...

Me decía Alberto mientras se bajaba sus pantalones, Mario estaba ya cómodamente sentado magreando su pene, ni siquiera pestañeaba mirando a Fred que daba saltitos y empujaba su verga contra mis muslos, gotas de semen canino comenzaron a escurrir por mis piernas, puse mi mano para recibir algunas gotitas y bañar mi conchita:

—¡Ya!, perrito ... ¡Achúntale! ... ¡Achúntale! ... ¡Argh!...

¡Y finalmente, hizo blanco en mi ansioso sexo!

—¡Aaarrggghh! ...

Una verga resbaladiza entró en mi conchita, pero más que entrar y

penetrarme profundamente, el Labrador metía y sacaba su verga, procurándome mucho placer en la entrada de mi chocho, luego esto cambio radicalmente, su verga se incrustó en mi y comenzó a crecer y a crecer, el perro continuaba con sus veloces movimientos y su bola a la entrada de mi conchita me arrancó un gemido fragoroso y me corrí como una perra, escondí mi rostro a los hombres que me miraban con sus pijas enhiestas, ya anudada al Labrador, me sentía libre y dichosa de copular con este macho formidable, como pude desabotoné mi blusa y desabroché mi sujetador dejando mis tetas libres, Fred se había atascado en mi conchita y ya nada podría hacerlo salir de mi estrecho chocho, la verga de Fred no cesaba de crecer dentro de mí, en principio pensé que era muy pequeña, pero ahora ensanchaba mis paredes vaginales estremeciéndome de placer, nunca antes había sentido algo tan grande llenando mi chuchita, ni humana ni artificial, nada había llenado mi concha tanto como la verga de Fred, me tenía chillando y recordando los gruñidos y ladridos de mi esposo, me hacía sonreír, grite cuando me aferró fuertemente por mis caderas y me dio varios golpes veloces, creo que la punta de su verga estaba a las puertas de mi útero.

Fred me estaba cogiendo a esa velocidad prodigiosa que tienen los perros y ya había perdido la cuenta de si eran tres o cuatros los orgasmos que me había procurado, estaba recuperando mi aliento cuando una fuerza sobrenatural comenzó a bombear un liquido muy caliente dentro de mi concha, me volví a correr como una loca, lo que yo no sabía que parte del trato era que Alberto me cogiera, así que mientras me recuperaba del enésimo orgasmo, Fred se giro y quedamos atados culo con culo, Alberto vino sigilosamente y apunto su pene a mi ano, no hice nada, solo escondí mi cara de lujuria sintiendo el ariete de Alberto entrado a mi estrecho recto y sentir su polla enorme junto a la de Fred que pulsaba en mi concha, Mario tampoco hizo nada, lo vi que meneaba su mano velozmente y lanzaba al aire chorros de semen y su rostro demacrado en una erótica acabada.

Me queje con fragor y placer mirando a mi esposo solo para hacerle sentir celos, mientras tanto Alberto bombeaba mi culo y gemía gozando de la estrechez de mi ano, muy luego me lleno el recto de semen, casi al mismo tiempo la verga de Fred resbaló fuera de mi concha, podía ver solo ahora las reales dimensiones de esa polla canina, probablemente casi el doble de la de mi esposo, me deje caer de lado y me senté en uno de los cojines, Fred se acercó y lamio mis sudorosas tetas, luego hábilmente su lengua envió descargas eléctricas directamente a mi clítoris, sentada como me encontraba sus lengüetazos golpeaban una y otra vez mi clítoris, casi me desmayo con la fuerza de mi orgasmo, traté de cerrar mis muslos pero ya no tenía más energías.

—¡Por favor! ... ¡Por favor ... ayúdame! ... ¡Quítamelo de encima! ... Alberto se apresuró a tomar del collar a Fred y lo guio hacia su jaula, me quede boqueando, respirando con mi boca abierta, insuflando aire fresco a mis pulmones luego de tanto rato con mi respiración afanosa y entrecortada, Mario me miraba con los pantalones abajo y su pene flácido, hubiese querido arrastrarme hasta su verga y

mamarlo, pero no podía moverme, Alberto vino en mi ayuda, me tendió una toalla y me señaló hacia el rincón del granero donde había unas duchas, me levante y me fui hacia allí, el agua fresca me despabiló y nuevas energías tornaron a mi cuerpo.

Alberto había desaparecido y volvió con unos sándwiches y dulcecillos locales, también trajo jugo, bebí como una sedienta y me comí casi todos los dulcecillos yo sola, me sentí renovada, Alberto me miro:

—¡Estuviste maravillosa! ... ¿Estás lista para el otro? ...

—¿El Pastor? ...

—¡Queda solo él, no hay otro! ... ¡Se llama Goliat! ... ¡Es especial, su verga y su nudo son más grandes y te harán ver estrellitas! ...

—¿Será doloroso? ...

—¡Sí el Labrador no te hizo daño, este tampoco lo hará! ...

Con la seguridad que lo dijo Alberto, me dio toda la confianza y acepté de hacerlo con el Pastor, Alberto retiro la bandeja con los platos y vasos y desapareció hacia la casa, Mario vino a hacerme mil preguntas:

—¿Te gusto? ... ¿Lo volverás a hacer? ... ¿Te gusto follar con Alberto? ... ¿Estás enojada? ...

No le respondí nada más que apurará a Alberto con el Pastor, quería sentir esa verga más grande y me estaba sintiendo radiante, feliz, quizá si Alberto volvía a coger mi culo, esperaba que lo volviera a hacer. Alberto regreso con una sonajera de llaves, abrió la jaula del Pastor y este adiestrado como estaba, se vino directamente a mí, esta vez ya me encontraba desnuda, pero me senté a la silla igual que la vez anterior, esta vez el Pastor no tenía ningún impedimento para llegar a mí conchita, así que su lengua separó con fuerza mis labios mayores y se internó en mi chocho caliente haciéndome chillar de ganas y placer, miré a Alberto y este solo asintió con su cabeza, entendí al vuelo cual era su significado, me arrodille y Goliat me montó sin perder tiempo, con una destreza insospechada me aferro con sus zampas y su polla quedo alineada perfectamente con mi concha, empujó y me la metió casi toda, solo la bola quedo haciendo presión fuera mi boquete vaginal que estaba siendo forzado con cada embestida de Goliat.

—¡Aaaaarrrrggghhhh! ...

No pude evitar el chillido cuando su bola resbaló dentro de mí y sus garras me apresaron con fuerza tirando de mis caderas haciéndome sentir todo su poder y fuerza sobre mí, dominándome por completo, que rico sentirse así en completo poder de una fuerza superior, anudada y follada con fuerza y potencia, mis carnes internas venían forzadas por esa verga poderosa, no sentía nada más que placer, un gozo sumiso y maravilloso, me remecía con cada golpe y con cada golpe mi orgasmo se sentía más cerca, el roce de su bulbo en mi vagina, me hizo correrme en un multi orgasmo:

—¡Vamos perrito! ... ¡Córrete en mi chochito! ... ¡Córrete dentro de tú perrita! ...

Y lo hizo, una presión bestial comenzó a llenar mi concha, creí que mi sexo iba a explotar, algunos chorritos escaparon fuera de mi chocho, gemí sintiendo su semen que no rezumaba, sino que brotaba a borbotones fuera de mí, increíblemente su verga resbaló fuera de mi solo un par de minutos después, ocasión que aprovecho Alberto

que me ensarto con su verga y me hizo correrme una vez más, luego fue el turno de Mario que solo duró un par de minutos con los excitado que estaba.

Esta vez me levanté yo sola y me fui a la ducha, Alberto y Mario limpiaban sus vergas con sendas toallas, cuando volví Goliat se lanzo a olfatearme, me gire y lamió mi culo, entonces me vino la idea, rápidamente me arrodille y deje que Goliat me montara, con mi mano dirigí su polla a mi culo, gracias a la cogida previa con Alberto, mi culo estaba lubricado lo suficiente como para tragarse esa polla brillante y resbalosa, apreté de reflejo mi esfínter y el bulbo de Goliat empujo y forzó mi anillo anal, los dos hombre volvieron a bajar sus pantalones cuando me vieron gozar de un modo demencial, meneaban sus manos veloces y sus rostros denotaban el esfuerzo y la calentura en la cual se encontraban, se corrieron rápidamente, primero mi esposo y luego Alberto que se acerco a mi espalda y me baño con su tibia lefa.

La verga monstruosa de Goliat me hacía tirarme uno que otra flatulencia intestinal circunstancial, pero nada me importaba, ya me había corrido con la potencia que Goliat cogía mi estrecho ano, esperaba ansiosa que llenase mi recto con su lechita, mi mano restregaba mi clítoris tratando de estremecerme junto a Goliat, en un momento él detuvo sus movimientos frenéticos, aferró mis caderas y me dio unos fuertes embistes y se derramó en mí, sus chorros me llenaban y me daban unos deseos de correr al baño, pero sus nudo no aflojaba y mis piernas temblequeaban con mí orgasmo plañidero y sollozado, apreté mi culito contrayendo mis músculos, tuve una sensación de reposo y descanso.

Gracias a Dios, Goliat tiro con fuerza y dejó mí adolorido culo libre y chorreante de esperma canino, me levanté y me fui aguantando mis ganas de ir al baño, me senté en el inodoro y pude descansar de esa desagradable sensación, luego me duché una vez más, me sequé y me fui desnuda a donde me esperaba Alberto y Mario, mis prendas de vestir estaba en la silla, así que me vestí, me quedé sin bragas por no haber traído un cambio.

Alberto había preparado café y trajo más dulcecillos, estuvimos charlando sobre la poco ortodoxa actividad laboral de él, nos confidenció de haber atendido a algunos conocidos personajes, sin nombrarlos, pero todos ellos respetables personajes públicos, nos dio su celular y nos recomendó reservar con unas tres semanas de anticipación, estaba esperando que le entregaran dos perros más, un Rottweiler y un Gran Danés, los cuales eran requeridos por las mismas personas que frecuentaban el lugar, quedamos en que nos comunicaríamos en un par de meses más esperando de encontrar a los perros nuevos.

Mi marido y yo nos subimos a nuestro Jeep y comenzamos a volver a la ciudad.

—¿Te gustó el paseo fuera de la ciudad? ...

—¡Sí! ... ¡Y quiero repetirlo! ...

Nos miramos, él lanzó un gruñido y un par de ladridos, poniendo su mano como una garrita me rasco una teta, ambos nos echamos a reír a carcajadas ...

----- 000 -----

Los comentarios vuestros son un incentivo para seguir contando historias y relatos, vuestra opinión es siempre invaluable, negativa o positiva, es valiosa y relevante, todo nos ayuda a crecer como escritores y narradores de hechos vividos o imaginados, comenten y voten, por favor.

luisa_luisa4634@yahoo.com